

tan puras las costumbres; jamás se halló tan exaltado el espíritu caballeresco; jamás se generalizó tanto el entusiasmo de las grandes empresas. Do quiera que se tendiese entonces la vista, reconocíase que el pueblo portugués había llegado al mas brillante período de su existencia. Cada nacion tiene su siglo de gloria, mas ó menos esplendente; la de Portugal fué deslumbradora.

CAPÍTULO VIII.

Los progresos de Portugal se entorpecen; funestas cruzadas en Africa (1433-1481).

ACERTADA ADMINISTRACION DE EDUARDO I (1433-1438).—PROSIGUE D. ENRIQUE SUS DESCUBRIMIENTOS; EL CABO BOJADOR (1434).—DESGRACIADA EXPEDICION CONTRA TANGER (1436): TRISTE MUERTE DE D. ALFONSO; MUERTE DE EDUARDO.—MINORÍA DE ALFONSO V EL AFRICANO (1438-1453); FAUSTA REGENCIA DEL INFANTE D. PEDRO.—LOS NAVEGANTES PORTUGUESES LLEGAN AL RIO OURO; BULA DE EUGENIO IV.—MAYORÍA DEL REY; DESGRACIA Y MUERTE DE D. PEDRO EN EL COMBATE DE ALFARROBEIRA (1449).—PROYECTOS DE CRUZADA DE ALFONSO V.—TRES EXPEDICIONES AL AFRICA (1458, 1464, 1471).—FUNESTA INTERVENCION EN CASTILLA EN NOMBRE DE DOÑA JUANA; DERROTA DE TOURO (1476).—NEGOCIACIONES ESTÉRILES CON EL REY LUIS XI.—ABDICACION Y MUERTE DE ALFONSO V.—EN TIEMPO DE ALFONSO V SE SUSPENDEN LOS DESCUBRIMIENTOS.

Acertada administracion de Eduardo I (1433-1438).

Mientras eran conducidos al convento de Batalha los despojos de Juan I, cuéntase que un astrólogo judío, lanzándose de repente fuera de la consternada muchedumbre, exclamó: «Mal dia ha escogido Eduardo para su coronacion. Los astros anuncian tempestad. Desgraciado de él! desgraciado del pueblo!» Estas siniestras palabras turbaron por un momento los tímidos ánimos de aquella época; pero las dulces virtudes de Eduardo, su valor, su buena educacion, y los excelentes consejos que recibiera de su padre moribundo, protestaban muy alto contra ellas, y olvidadas luego, solo se pensó en las brillantes esperanzas que el jóven príncipe diera desde su infancia; solo Castilla tuvo alguna dificultad en reconocerle.

Los primeros actos del nuevo rey refutaron mucho mejor aun la fatídica profecía. Guiado por los inteligentes consejeros de su padre, parecia que solo deseaba mejoras y reformas.

La justicia nacional experimentó muy pronto su zelo, y las leyes que la regian, hasta entonces dispersas y discordantes, se reunieron y coordinaron por primera vez. Portugal, pues, tuvo un código cuando los reinos mas grandes de Europa no tenian mas que leyes imperfectas. Los portugueses, contentos con un rey que, á pesar de su juventud, era tan circunspecto y cumplido, creian ver en él á otro Juan I.

Prosigue D. Enrique sus descubrimientos; el cabo Bojador (1434).

Al propio tiempo, su hermano D. Enrique cuidaba de que no faltase gloria al nuevo reinado. El archipiélago de las Azores, que solo había sido reconocido, recibió numerosos colonos; la isla de Madera no cesó de enriquecerse, y en las costas de África, el cabo Bojador dejó de ser una barrera insuperable. El infante había ya dirigido al terrible cabo doce expediciones sucesivas, las cuales volvieron todas con un rico botin tomado á los infieles, pero sin haber ejecutado lo que él tanto deseaba, hasta el dia en que eligió á Gil Eannez (1433). Este regresó al principio como los demás; pero decidido á morir antes que merecer las reconvenções de su jefe, volvió á partir, y esta vez no se detuvo hasta que hubo confundido las leyendas de que el cabo era objeto (1434). El infante á quien trajo rosas cogidas mas allá de aquel límite, le colmó de elogios, le hizo caballero, y dióse prisa en aprovechar aquella feliz empresa, enviándole otra vez allí junto con Gonzalvez Baldaya. Ambos llegaron hasta cincuenta leguas mas allá del cabo Badajor, exploraron las costas, descubrieron la bahía dos Riuvos, y acabaron de disipar con su pronto regreso los vanos terrores que habían ocasionado aquellos ardientes países. Este descubrimiento sencillo en sí produjo una gran revolucion, pues levantó al fin el velo que ocultaba el nuevo mundo á los ojos del antiguo. El camino estaba abierto; solo faltaba emprenderlo.

Gil Eannez y Baldoya fueron tambien los primeros en tentar nuevas expediciones. Llegados á sesenta leguas al sur de la bahía

dos Riuvos y á ciento veinte del cabo Bajador, encontraron por fin costas con habitantes, y en esta ocasion corrió sangre portuguesa, sin que pudiesen apoderarse de ningun indígena, como lo deseaba Enrique, á fin de hacerle servir de intérprete, y adquirir del Africa las noticias necesarias.

Desgraciada expedicion contra Tanger (1436): triste suete de don Alfonso; muerte de Eduardo.

Todo prometia un gran reinado, y Eduardo no debia hacer mas que continuar en la senda que con tanta fortuna emprendiera, cuando el mismo D. Enrique y D. Alfonso, hermano menor, acordaron solicitar de él una campaña contra los africanos de Marruecos. Eduardo vaciló. ¿No bastaba Ceuta á los portugueses? ¿Habian faltado los árabes á sus compromisos? ¿Convenia acometer una empresa insegura y poco útil? Sin embargo, la influencia de Alfonso, á quien Eduardo queria muy particularmente, los ruegos de la reina Leonor, y sin duda el deseo de adquirir mas prez y honra con alguna gran guerra en servicio de la religion, acabaron por triunfar de los consejos de la prudencia. En vano el infante D. Pedro trató de disuadir á Eduardo en nombre del interés, y el papa Eugenio IV en nombre de la justicia; en la corte no se hablaba sino de ir á la conquista de Tánger.

Si fué una falta poner sitio á Tánger, fué mucho mayor no llevar allí mas que ocho mil hombres; así es que la derrota fué completa, y los moros redujeron á los portugueses á reembarcarse despues de entregar á D. Alfonso, principal promovedor de aquella injusta agresion. ¡Cuantos descubrimientos se habrian hecho con los recursos que absorbió tan desventurada empresa! Por esto durante algunos años, cesaron de todo punto los progresos de la navegacion.

Al saber este desastre, el dolor de los portugueses fué extremado. Eduardo no podia consolarse, pues por una parte veia cautivo de los infieles al mas querido de sus hermanos, y por otra exigíasele Ceuta por su rescate. El rey no hubiera titubeado; pero ni sus consejeros, ni Roma, le permitieron seguir el impulso de su corazon, y no se atrevió á sacrificar á su ternura

los intereses de su país y de su religion. D. Alfonso no murmuró contra tal sentencia; reducido en Fez á los mas duros trabajos, se resignó á no esperar su libertad sino de la muerte, la cual en efecto le arrebató seis años despues (1443). Mártir de su patria y de su fe, ha recibido de Portugal el hermoso renombre de Príncipe constante; su corazon está depositado en el monasterio de Batalha. Su cuerpo, relleno de paja, fué colgado de un clavo en los muros de Fez para regocijar las miradas de los infieles, quienes se vengaban insultándolo.

Cuando los servidores de Alfonso trajeron á Europa algunos de sus restos, Eduardo no tuvo la triste satisfaccion de recibirlos. Consumido antes de la edad por el sentimiento que le causaban el desastre de Tánger y la desgraciada suerte de su hermano, falleció en 1438, mientras se hacian los preparativos para otra expedicion contra el África. Basta echar una ojeada sobre el hermoso libro que ha dejado el jóven monarca (1), para ver que la exquisita sensibilidad de su alma no le permitia resistir á tan duros golpes. Valeroso para sí mismo, perdia sus fuerzas al ver los sufrimientos de aquellos á quienes amaba.

En su tiempo comenzó Lisboa á ser la residencia ordinaria de los reyes portugueses. La buena posicion de aquella ciudad y su comercio siempre creciente, no podian menos de colocarla en el rango de capital, mayormente en una época en que el porvenir del país dependia del Océano. Guimaraens habia sido la capital de los condes, y Coimbra la de los reyes feudales; Lisboa fué la de los reyes modernos, marinos y comerciantes.

Minoría de Alfonso V el Africano (1438-1453); fausta regencia del infausto D. Pedro.

La prematura muerte de Eduardo, fué tanto mas sensible en cuanto su sucesor Alfonso V no tenia mas que seis años. En vano se habia esforzado para precaver con un testamento los desórdenes que frecuentemente dimanaban de las regencias; la eleccion que hizo de su esposa Leonor no satisfizo ni á sus parientes ni á la nacion, y se anularon inmediatamente todas sus

(1) Real Conselheiro.

disposiciones. Su hermano D. Pedro recibió el encargo de defender el reino; el conde de Arrayolos tomó la justicia, y D.^a Leonor, la administracion y la tutela de su hijo.

Leonor no pudo ocultar el despecho que le causaba semejante decision ni el odio que abrigó siempre contra D. Pedro, y no careció de aliados, al frente de los cuales figuraba un hermano del mismo D. Pedro, el conde de Barcellos, hijo bastardo de Don Juan I y yerno del *santo condestable*, irritado por no haber heredado tan alta dignidad. Sin embargo, D. Pedro contaba con sus grandes prendas y con las simpatías de la nacion que solo veia en Leonor á una ambiciosa extranjera. Estalló, pues en Lisboa un motin popular, y el arzobispo de la ciudad, que trató de sofocarlo en nombre de la reina, fué expulsado ignominiosamente. La segunda víctima fué Leonor, pues reunidos luego los vencedores en la iglesia de Santo Domingo, bajo la presidencia de un sastre y de un cubero, proclamaron único regente á D. Pedro, y en su defecto, á sus hermanos, por órden de nacimiento. En seguida se escribió al papa para solicitar la destitucion del arzobispo, y Leonor solo conservó la tutela del jóven rey, de la cual fué tambien exonerada al poco tiempo, con objeto de que su hijo pudiese recibir una educacion enteramente nacional.

Al estallar esta insurreccion, la reina madre buscó un asilo en el castillo de Alenquer, y negándose á volver á Lisboa, huyó á Cintra, desde donde despues de culpables negociaciones con sus hermanos los infantes de Aragon, tuvo al fin que refugiarse en Castilla; allí vivió tristemente, y murió (1445) en la miseria y en el abandono, cuando solicitaba el permiso de volver al lado de su hijo. Reina desgraciada, fué extraviado su corazon por la ambicion y el odio, pero debemos compadecerla como á madre.

Entretanto D. Pedro, quizás ambicioso tambien, pero popular y dotado de todas las prendas que escusan la ambicion, cuidaba de legitimar cada dia la confianza de sus compatriotas.

No le bastaba destruir los gérmenes de discordia que Leonor habia esparcido tras sí, velar sobre la educacion del jóven rey, continuar las reformas comenzadas ni acabar el escelente código cuyo plan trazara Eduardo, sino que tambien desplegó su habilidad para sostener la independenciam portuguesa contra las insolentes pretensiones de Castilla, que hubiera querido explotar un

tantó los rencores de la ex-regente. Como el soberano de aquel país osaba amenazarle con su cólera si no cedia, reunió un poderoso ejército y respondió altivamente que el cielo, propicio á los esfuerzos de Juan I, no lo seria menos á los de sus hijos. Estas palabras calmaron al campeon de Leonor, y acordándose de Aljubarrota, dejó á la reina desahogarse en impotentes quejas. Así supo evitar D. Pedro la humillacion y la guerra.

Los navegantes portugueses llegan al rio de Ouro; bula de Eugenio IV.

Si al propio tiempo consideramos los nuevos descubrimientos de los marinos portugueses durante estos últimos años, ¿cómo no admirar la gloria que alcanzó Portugal bajo la administracion de D. Pedro? En efecto, ayudado Enrique por el sábio Malhorca, ilustre geógrafo, llevó á cabo algunas de sus mas importantes expediciones. Se dobló el cabo Blanco, colonizáronse las riberas del Rio de Ouro, y llegóse al Senegal y al cabo Verde. La vista del oro traído por los navegantes que descubrieron el Rio de Ouro, excitó vivamente á los portugueses á correr tras tan lucrativas aventuras, y el papa Eugenio IV aumentó este afan concediendo á Portugal todas las tierras que descubriese, y una indulgencia plenaria á los marinos que las visitaran.

Los portugueses, agradecidos, acordaron erigir una estatua á D. Pedro, y cuando le suplicaron que lo consintiese, acabó de probar que la merecia, contestándoles: «Amigos míos, si se esculpiese mi imágen como lo deseais, algun dia la derribarian vuestros hijos, y la romperian los ojos. En Dios pongo mi confianza, pues de los hombres solo espero el tratamiento que os tengo indicado.» Parece que D. Pedro presentia los disgustos que debia sufrir.

Mayoría del rey; desgracia y muerte de don Pedro en el combate de Alfarrobeira (1449).

Alfonso V, ya mayor de edad, desmintió tan sombrías previsiones, pues no contento con llamar á su tálamo conyugal á la hija de D. Pedro, le dió gracias públicamente por el modo como

habia ejercido su gloriosa regencia, y le rogó que permaneciera á su lado para auxiliar su inesperienza. D. Pedro consintió en ello; pero al paso que cumpliendo los deberes que le imponia la confianza de su sobrino, le preparaba sin cesar para el difícil oficio de rey, los demas consejeros de Alfonso solo trataban de desacreditarle. Al frente de estos indignos conspiradores vemos al mismo conde de Barcellos, de cuya odiosa envidia hemos hablado, el cual lisongeando todos los defectos de su señor y vituperando su dependencia, no tardó Alfonso en considerar á su tío como á un censor ambicioso y como al perseguidor de su madre. Detenido, sin embargo, algun tiempo por los ruegos de la reina Isabel, acabó por escribir á D. Pedro dándole gracias por sus servicios, y suplicándole que no se presentase en la corte.

Sin estrañarse de tan repentina desgracia, D. Pedro quiso al menos prepararse contra los peligros á que le exponia el triunfo de Barcellos retirándose á sus dominios, fortificó sus castillos, aumentó el número de sus soldados, y dispúsole todo para una lucha. No nos admiremos de una conducta tan amenazadora: Barcellos era poderosísimo, y el infante desgraciado debia esperar una de esas guerras privadas que con frecuencia ensangrentaron la edad media, sin atentar, con todo, al derecho feudal. Pero si es necesario probar mas claramente la inocencia de estas precauciones, apelaremos á las admirables cartas que D. Pedro no cesaba de dirigir á su rey y al mismo hijo de Barcellos, y á la fiel amistad que le profesó el conde de Avranches, uno de los mas cumplidos caballeros de la época, que nunca hubiera consentido en sostener á un rebelde. El conde volvió de Ceuta para ayudar á su amigo, y cuando aconsejaron la fuga á D. Pedro, contestó: «Amigos míos, podrán verme en el sepulcro, pero en la cárcel jamás.»

Sin embargo, su ausencia y sus preparativos eran otros tantos pretextos que el mismo D. Pedro suministraba á sus enemigos, quienes le acusaron de conspirador, prohibiendo el crédulo D. Alfonso toda comunicacion con él. D. Pedro se condolió de este príncipe, y contentóse con decir á los que le pidieron las armas reunidas en Coimbra. «Ya que mis servicios y mi inocencia no son armas bastante poderosas contra la envidia, ruego al rey mi sobrino que no me quite las que pueden defenderme contra

mis detractores.» Nada mas añadió, y aguardó sin obedecer. ¿Podia obrar de otro modo cuando le imputaban la muerte de Eduardo, del infante D. Juan y de Leonor?

Barcellos no esperaba mas que el previsto resultado de sus últimas exigencias para marchar contra D. Pedro, y acercábase á Coimbra, cuando su rival sorprendió sus tropas, las dispersó y le obligó á refugiarse en Santarem.

Léjos de salvar á D. Pedro, este triunfo consumó su pérdida. Un edicto real le declaró traidor al rey y á la patria. El consternado infante pensó primero en embarcarse, y luego en presentarse ante Alfonso, pues si bien habia podido resolverse á pelear con un hermano pérfido, no podia resignarse á combatir tambien con su rey. Sin embargo sus enemigos procuraron impedir toda reconciliacion, y como no podia, sin infamia, abandonar á tantos bravos caballeros comprometidos en su causa, dió la orden del combate, para el cual no se preparó alegremente, como acostumbraba, en cuanto estaba resuelto á morir defendiendo su honor. Pasó al convento de Batalha, y allí, junto los sepulcros en que yacian sus abuelos, y delante del que esperaba su cuerpo, oyó el *Te Deum*. Despues para calmar la agitacion de su alma, se confesó, recibió la absolucion y comulgó, dividiendo la sagrada hostia con su amigo el conde de Avranches y marchando ambos desde el altar al combate.

Aunque los dos ejércitos estuviesen ya en presencia uno de otro, á orillas del Alfarrobeira, D. Pedro no renunciaba todavía á la esperanza de recobrar el aprecio del rey, y esforzábase cuanto podia para evitar la lucha, cuando algunos ballesteros, expedidos sin duda por los que mas temian una reconciliacion, vinieron á atacar su campamento. La batalla, pues; se trabó á pesar suyo, y así que empezó, fué herido de un ballestazo en el pecho. Sus enemigos vieron en esta casualidad el juicio de Dios.

Su muerte decidió la jornada, en la cual murieron D. Jaime, hijo de D. Pedro, y el conde de Avranches. Fatigado y herido este noble caballero entró por un momento en su tienda para tomar algun alimento, y volvió en seguida al campo de batalla, donde permaneció hasta que su brazo se cansó. «Oh cuerpo mio, exclamó entonces, veo que estás sin fuerzas; pero tú, alma mia, mucho tardas en abandonar tu miserable estancia.» Luego se ten-